

HOJA

Edición facsimilar

SECRETARÍA DE RELACIONES EXTERIORES
ATENEOS ESPAÑOL DE MÉXICO

RECORDAR EL OLVIDO

Hoja

Edición facsimilar

Publicación irregular

Directores

Manuel Durán

Michele Albán

Tomás Segovia

SECRETARÍA DE RELACIONES EXTERIORES
ATENEOS ESPAÑOL DE MÉXICO
MÉXICO, 2019

Hoja
Edición facsimilar

Se agradece la colaboración, para esta edición facsimilar, de la Fundación Tomás Segovia y del Centro de Estudios de Migraciones y Exilios de la UNED (CEME–UNED).

Secretaría de Relaciones Exteriores
Av. Juárez 44, Colonia Centro
C. P. 06000
Ciudad de México
www.gob.mx/sre

Editor:
Ateneo Español de México, A. C.
Teléfono: (55) 5709 0027
Hamburgo No. 6
Colonia Juárez
C. P. 06600
Ciudad de México
www.ateneoesmex.com

Primera edición: 2019

Ilustración de portada: Cabezal de la revista *Hoja*.

© Prólogo: José María Espinasa

ISBN: 978-607-98489-1-0

37 páginas

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Relaciones Exteriores y el Ateneo Español de México, A. C.

Impreso y hecho en México

LA REVISTA *HOJA*

José María Espinasa

Cuando el gobierno mexicano se enfrentó a la llegada del exilio español tuvo presente que venían problemas complejos para la sociedad mexicana: había que emplear a un considerable número de profesionales en diversas disciplinas y darles posibilidad de sustento a sus familias. Alfonso Reyes, con ojo clarividente, había fundado La Casa de España —casi de inmediato transformada en El Colegio de México— con ese fin, luego la Universidad Nacional, el Politécnico, la Preparatoria Nacional dieron cabida y se nutrieron de importantes cuadros cualificados. También la industria y la empresa privada, los hospitales y los laboratorios, el cine, el teatro, la pintura y las editoriales, éstas de manera relevante pues, además, correspondían como actividad a la intención coincidente, incluso la bandera, del régimen posrevolucionario mexicano y de los ideales republicanos españoles. Baste mencionar la Editorial Séneca financiada con los fondos de los organismos de ayuda al refugio español.

También fue una preocupación sintomática darles educación a los hijos de ese exilio y se fundaron escuelas como la Academia Hispano-Mexicana, el Instituto Luis Vives, el Colegio Madrid y otros. Estas últimas respondían a diversas necesidades: mantener la unidad de ese exilio, establecer continuidades docentes y en cierta manera aislar los peligros, así fueran ficticios, que ese mismo exilio pudiera representar para México. Todo contribuyó en los cuarenta para facilitar la creación de un círculo cerrado —un gueto— que se rompería a partir de los años cincuenta, cuando los que habían llegado niños se integraban a la sociedad mexicana y se veía cada vez con más claridad que no habría un retorno colectivo e inmediato.

Las consecuencias de esa integración en general fueron muy benéficas para la sociedad mexicana y ofrecieron al exilio la posibilidad de reconstruir su vida y su tejido anímico y espiritual, en la medida de lo posible. Hoy, cuando ya han pasado ochenta años de la llegada de ese exilio a México, se ve

claramente que los propósitos culturales se cumplieron con creces. A la sociedad mexicana le enorgullece haber dado asilo a poetas y narradores, ensayistas y editores y ellos a su vez correspondieron a ese gesto con empresas, trabajo y obras. Haber tenido en México a María Zambrano, José Bergamín o Luis Cernuda en aquellos años difíciles, y a muchos por el resto de sus vidas, resto que, por cierto, no fue poca cosa en la mayoría de los casos, es un orgullo para México. Los exiliados apostaron por la cultura en su nuevo país y los niños que entraron pequeños a las escuelas mencionadas se formaron después como profesionales y contribuyeron, como sus padres, a la diversidad del país.

Fue natural que esa sociedad de exiliados, que apostó por la cultura, comunicara y transmitiera a sus hijos esa misma vocación. El porcentaje de hijos del exilio —aquellos que llegaron siendo niños— que se dedicó a la educación, la edición y la creación es muy alto, y pronto los que escogieron una vocación literaria pensaron en hacer revistas en su nueva patria como una manera de arraigar en ella y hacerse mexicanos. Hay que tomar en cuenta, además, que en aquellos años cuarenta la cultura mexicana vivió un notable momento con revistas como *Taller*, *El hijo pródigo* y *Tierra Nueva* en la difusión de la literatura. La primera intención de los jóvenes poetas en ciernes —Manuel Durán, Ramón Xirau, Tomás Segovia— fue, como sus hermanos mayores y padres, hacer sus propias revistas para darse a conocer a los lectores, es el caso de revistas como *Presencia* (véase la edición facsimilar en disco digital con prólogo mío, que hizo el Ateneo Español en 2015). Darse a conocer y también reconocerse entre ellos, en un momento en que ya era evidente que el regreso a España no ocurriría.

Prácticamente todos los escritores agrupados en *Presencia* tendrían un papel importante en los años futuros de la literatura mexicana, tanto desde el punto de vista creativo como desde el editorial y educativo. Sin embargo, no se incorporarían en la mayoría de los casos sino como individualidades y no como grupo, y eso se debe a que la homogeneidad que parecía tener en el origen, dada por su pertenencia al exilio republicano, se vio después matizada e incluso negada por sus diferencias. En un principio, por ejemplo, todos ellos estudiaron en la Academia Hispano-Mexicana —en parte por eso se les conoce como generación hispanomexicana— y coincidieron en las

páginas de las revistas que fundaron y, además, como estudiantes y profesores en la UNAM o en El Colegio de México.

El impulso señalado líneas arriba, de un exilio con un rostro literario muy visible, aunque no el único, y con una actividad creativa muy intensa, coincidió además con la necesidad de arraigo conjunto de ese exilio con la fundación de instituciones como el Ateneo Español de México, creado en 1950, en el cual muchos de los hispanomexicanos dieron lecturas y conferencias muy jóvenes, y en donde se relacionaron con sus mayores y maestros. Hay figuras que jugaron un rol protagónico, menciono los dos casos más célebres: el poeta León Felipe y el dramaturgo, ensayista y narrador Max Aub. Menos visible, pero más profunda, fue la influencia en algunos de los hispanomexicanos de Emilio Prados. El autor de *Jardín cerrado* no sólo era mucho menos histriónico sino más sutil en su enseñanza o guía de los jóvenes con vocación literaria, y en los que más influencia tuvo fueron en Ramón Xirau y en Tomás Segovia.

Prados es un representante del espíritu de la generación del 27 en estado puro y es, además, el puente más claro con la figura viva dominante de la poesía en castellano de su tiempo, Juan Ramón Jiménez. Las otras son Machado y García Lorca, ambos muertos trágicamente. Fue además un editor histórico de ese grupo desde las páginas de la revista *Litoral*, que animó Manuel Altolaguirre, quien también estaba en México exiliado. Frente a la pujanza de un escritor-editor como José Bergamín, con quien Prados colabora en Editorial Seneca, tenía la vocación elegida de hablar en voz baja, de ser más que un maestro un consejero dice Tomás Segovia, sugería lecturas, prestaba libros y, seguramente, despertó en muchos de ellos el aprecio por el arte tipográfico y editorial. Ese gusto se aprende leyendo buenos escritores en buenas ediciones, y ambas cosas las cumplían las recomendaciones de Prados, quien además debía subrayar la condición de artesanía del arte tipográfico.

Los animadores del proyecto fueron Manuel Durán, Michèle Albán y Tomás Segovia. Durán es un poeta que hay que revalorar, la publicación de su poesía reunida, bajo el título de *Laurel*, hace unos años, permite hacerlo ya con plena objetividad. Michèle Albán, que muestra un talento evidente como escritora con sus poemas publicados en *Hoja*, siguió ligada siempre al medio cultural mexicano, pero que yo sepa no volvió a incursionar en la poesía.

Tuvo un fascinante papel de musa —sus futuros maridos Salvador Elizondo y Juan García Ponce se inspiraron en ella y la retrataron en varios de sus libros.

Si bien es cierto que la familia de Tomás Segovia (1927-2011) presionó para que el futuro poeta estudiara medicina, tradición familiar, no debía oponerse del todo a las veleidades literarias y tipográficas del joven editor, y mucho menos el medio de los exiliados donde Segovia había sido saludado con elogios por el pintor y escritor Ramón Gaya, cuya presencia en México fue breve pero muy importante, como lo fue también la de María Zambrano y Juan Gil Albert, tres autores ligados a la revista *Hora de España*, dirigida por Antonio Machado en los años de agonía de la Segunda República durante la Guerra Civil. El propio Segovia ha señalado lo importante que fue la enseñanza ética de Gaya para su escritura, eso que llama su actitud (palabra que usaría, en plural, para su primer libro de ensayos). Ambos creadores, Prados y Gaya, fueron fundamentales en la formación de Segovia, en sus ideas de la poesía, el arte y la edición, y en su peculiar manera de vivir su condición de exiliado.

Ambos también habían participado en la revista *El hijo pródigo* que seguramente los jóvenes hispanomexicanos leían y vivían como un espacio de convivencia y comunión, más allá de las polémicas y rencillas que hubiera entre los grupos que el exilio trajo a México y en los que aquí vivían y en donde los Contemporáneos y la generación de *Taller*, sobre todo Octavio Paz, participaban activamente. La influencia de Prados y Gaya me parece evidente en la opción editorial que representa *Hoja*, la publicación que Tomás Segovia emprende y dirige durante sus cinco entregas.

Para entender la significación de *Hoja* en la vida y obra de Segovia y en el contexto de su generación hay que tener presente una declaración suya en la que señala que cuando era joven las revistas le pedían colaborar con un ensayo —lo haría abundantemente en los años cincuenta y sesenta— y él lo que quería era publicar poemas. La poesía era, en cierta manera, como forma y como contenido, una declaración de principios. Lo fue del naciente poeta y lo fue de la República española ya derrotada, y así una reivindicación de esa herencia espiritual. También hay que entender el contexto: al hacer revistas los hispanomexicanos buscaban darse a conocer entre el público lector mexicano, fundamentalmente los autores de su edad, a la vez que partían de una

diferencia manifiesta, su pertenencia a esa comunidad de “rojos” como se les llamó durante mucho tiempo. Es evidente que eso llevó a que hubiera ciertas fricciones con, por ejemplo, la generación de *Tierra Nueva*, marcada por tendencias nacionalistas, a la vez que no se asimilaban del todo a la búsqueda de universalismo que la llamada Generación de La Casa del Lago impulsó unos años después.

Segovia supo pronto, en buena medida gracias a Gaya, que su horizonte no era ese exilio, que no era tampoco México y su horizonte nacionalista, pero a la vez supo que partía de ellos y los miraba tan admirativa como críticamente (ya lo he dicho en otro lugar: basta ver sus ensayos sobre Juan Ramón Jiménez y Xavier Villaurrutia en aquellos años). Volvamos a la anécdota referida: a Segovia le pedían ensayos y él prefería publicar poemas. Años después, dijo, me di cuenta de que era lo mismo. ¿Por qué entonces no le parecía lo mismo? Porque el ensayo tenía inevitablemente algo de vicario: lo escribía para los otros. Si podía hacer una revista suya, tenía que ser de poesía. También estas ideas se modificaron con el tiempo, sobre todo a través de la experiencia como editor y director de la *Revista Mexicana de Literatura* y de su amistad e intercambio intelectual con Octavio Paz.

¿Significa esto que la poesía se escribe para sí mismo, que tiene un algo de autista? No, evidentemente, porque entonces no se la publicaría, bastaría con escribirla. Pero lo que sí ocurría era que escribir y publicarla eran acciones —actitudes— ligadas a un tiempo propio y personal. Segovia tardaría en identificar el trabajo para sostenerse económicamente con algo que también podía ser trabajo personal. Con esto tuvo que ver mucho su biografía: se casa con Michèle Albán (1929-2017), siendo ambos muy jóvenes y tiene que “ganarse la vida” (la expresión está llena de miga), pero esa vida que tiene que ganarse y esa que era más propiamente suya, terminan por unirse. De las cinco entregas de *Hoja*, la última nos presenta poemas de Michèle Albán, quien después, ya separada de Segovia, con quien tuvo un hijo, también poeta, Rafael Segovia Albán, vivió con Salvador Elizondo y con Juan García Ponce, ambos novelistas.

Sabemos por sus cuadernos de trabajo —*El tiempo en los brazos I, II y III*— la intensidad de aquellos años juveniles, y la necesidad natural de con-

figurarse un entorno, un ambiente acorde con sus aspiraciones de escritor, a través de los amores y los amigos, y si bien participa y publica en *Presencia*, *Hoja* representa más su búsqueda: una revista de poesía con un nombre que hace alusión al pliego doblado que utilizaba para la publicación de ocho páginas hecha de manera muy artesanal y que mostraba ya su aprecio por el trabajo manual. Medio siglo después haría ediciones de sus propios libros en lo que llamó El Taller del Poeta usando la, entonces muy nueva, tecnología de la computadora con impresora casera, libros que regalaría a sus amigos, y sostendría un blog notable en los últimos años de su vida. Podemos suponer que lo que señalaba sobre esas ediciones —no se venden, se regalan— también ocurría con *Hoja* medio siglo antes.

En 1969 la revista *Deslinde* publica un breve ensayo, “Notas escépticas sobre generaciones poéticas” donde desarrolla ideas que seguramente venía pensando desde *Hoja*. No es un ensayo extraordinario, como sí lo son otros de la época, pero es muy importante para entender su evolución y su pensamiento. Cuando lo publica ya ha pasado por la experiencia esencial de la *Revista Mexicana de Literatura* y viene de regreso de la experiencia generacional de La Casa del Lago. Ese ensayo resume un poco la ruptura con lo que en tiempos de *Hoja* parecía su nicho generacional, los hispanomexicanos, pero también las aventuras de los años sesenta y la distancia que ya había empezado a tomar respecto a sus amigos de La Casa del Lago, distancia y ruptura que seguramente tuvo mucho que ver con el estremecimiento social e intelectual que fue para la cultura y la política mexicana el movimiento estudiantil de 1968.

Hoja publica en su primer número a Tomás Segovia. Son poemas primerizos que sin embargo tienen ya mucho del tono futuro de su estilo y sus temas y motivos: el amor, la luz. Dentro de la brevedad de la revista (si es que así podemos llamarla) llaman la atención tres cosas: su sobriedad, su elegancia tipográfica y su condición de “publicación irregular” señalada en el colofón mismo que también incluye el directorio: Manuel Durán, Michèle Albán, además del propio Segovia, que publicarían en las entregas segunda y quinta (la última) y una dirección para correspondencia: Mérida 128. La fecha se indica en la primera página: agosto de 1948.

El segundo número entregaría textos del ensayista y académico Manuel Durán (1925, el único de los participantes en *Hoja* que sigue vivo) que haría en décadas posteriores una prestigiosa carrera como profesor universitario en Estados Unidos, pero que seguiría publicando poesía a lo largo de su vida, poeta sin duda de alta calidad, que es, junto a Segovia, el único de los hispanomexicanos en ser incluido en la canónica *Poesía en movimiento* (1966, Octavio Paz, Alí Chumacero, Homero Aridjis y José Emilio Pacheco). Si Segovia titula escuetamente sus textos “Poemas” Durán los llama “Labios del presente” y en ellos se muestra una cierta madurez. La fecha es septiembre de 1948. Ya no lleva directorio/colofón y tiene la coquetería editorial de incluir la firma manuscrita del autor.

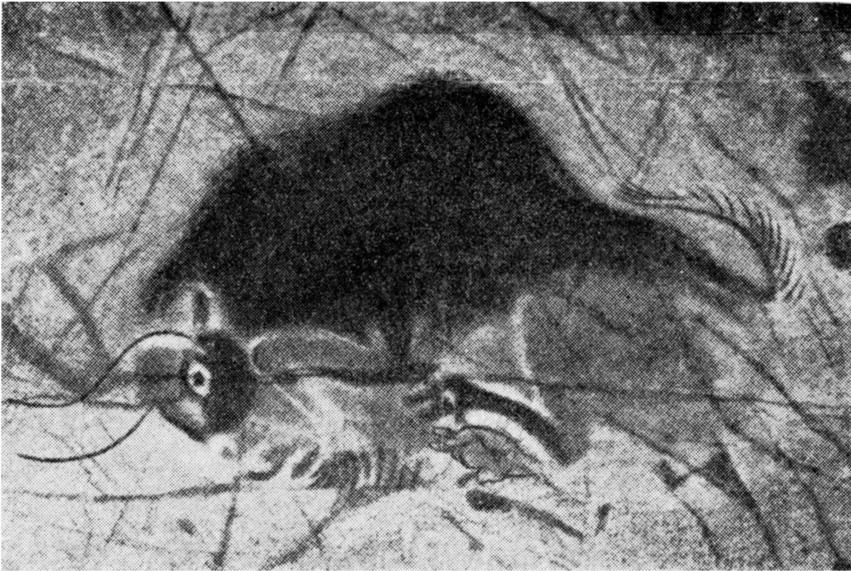
En el tercer número se incluyen poemas de J. A. Gironella, quien sería un destacado pintor de lo que se conoce como generación de la ruptura, ilustrador inspirado de *Bajo el volcán* y retratista de altos vuelos cualitativos —sus retratos de Ramón del Valle Inclán y Rosa Chacel son extraordinarios— y que en los años sesenta pintaría una serie de homenajes a Velázquez que muestran su conocimiento de la pintura clásica, son también muy conocidos sus homenajes a Buñuel y Octavio Paz, un pintor en suma profundamente vinculado con la literatura y sus textos de juventud son sin duda muestra de su talento.

Alberto Gironella (1929-1999), hijo de madre mexicana y padre catalán, se vinculó con los escritores hispanomexicanos sin ser él un exiliado, estudió letras hispánicas y participó activamente en las polémicas culturales de su tiempo. Su presencia es importante pues muestra ya la voluntad de abrir el grupo a los mexicanos. Lo mismo ocurriría con la cuarta entrega, sonetos del músico e investigador musical Salvador Moreno, nacido en 1917 en Veracruz y mayor que ellos. Moreno fue una figura importante en el intercambio cultural y amistoso con el exilio, fue amigo de Gaya y Zambrano, escribió sobre artes plásticas y mantuvo nutrida correspondencia con muchos de los refugiados españoles, vivió en Barcelona y murió en México en 1999.

Como se ve los autores muestran en su diversidad la mirada abarcadora del interés de los participantes en la revista y la voluntad de reivindicar una cultura cosmopolita, en la que los vasos comunicantes entre diferentes lenguajes estaban siempre abiertos. Para terminar, me gustaría insistir en el

carácter de subrayada austeridad tipográfica, seguramente debida tanto al gusto de los editores como a la pobreza de recursos. *Hoja* es una revista que ayuda a comprender la evolución futura de creadores que resultan esenciales en la cultura mexicana de la segunda mitad del siglo xx.

HOJA



NUMERO 1: TOMAS SEGOVIA

P O E M A S

1

Estoy lleno de ocultos destellos
que viven en mí su vida oscura,
indistinguible, nunca visitada
por la luz.

El viento,
el profundo cielo.
la noche,
me los hacen, de pronto, luminosos
y me nacen, como ríos dichosos,
libres, ajenos, ¡verdaderos!

2

Me parece más dulce mi alegría
porque sé que puedo perderla,
porque no es del todo mía;

porque no es mía porque yo la tenga,
es mía como lo es el aire,
mía porque vivo yo en ella.

Porque puede, aún sin ser mía,
ser ella —¡alegría sola!—,
me parece acaso más mía.

3

¡Ay, si esta luz casi imposible
que se atarda entre las hojas,
hecha toda de momentos últimos,
de últimos reflejos,
me encontrase a mí también
con mi alma última,
en mi última pasión,
dueño de mi riqueza completa,
última ya,
y nuevamente primera!

¡Ay, si mi vida, triste incierta,
se entrase toda en esta hora limpia
hasta agrandarla con la fuerza
ya entera de su viento equívoco
y así la desprendiese suavemente
como un fruto de su rama entre mis brazos,
hora cumplida del consuelo!

4

¡Qué amor
pone mi alma en el recuerdo!
¡Qué fuego le da a su aliento
que abre las flores más secretas
y despierta
los más ocultos posibles
del pasado!

¡Con qué amor, aquellas horas
hechas de luz y de aire y de las cosas
las vuelve a crear de nuevo
hechas, ahora, de mi alma!

5

Creí
que era todo como un sueño
hecho, sólo, de nada;
correspondencia
en un lugar que no existe
de algo que sólo yo tenía.

Pensé
que su cuerpo era, sólo,
el calor de querer yo
que existiera;
que estaba hecho de mí todo.

¡Dichosa fe segura de mi vida
que ha visto que no era, no,
de mí, ni apenas mío,
que era, sólo, sólo,
la verdad!

H O J A
PUBLICACION IRREGULAR

DIRECTORES:

Manuel Durán

Michele Albán

Tomás Segovia

Correspondencia y Colaboraciones:

Mérida 128

México, D. F.

HOJA



NUMERO 2: MANUEL DURAN

LABIOS DEL PRESENTE

Labios del presente, abiertos en viva carne,
quiero hablaros de mí
y de las cosas que me rodean,
que laten como un solo corazón oscuro,
que me golpean y luchan
para hacerme suyo.
Oh, las rocas, cómo me desean,
cómo cantan por mí, por mi cuerpo,
¡cómo se me hunden por la mirada y por las venas!
¡Con cuánta angustia me sacude el viento
para hacerme suyo!
¿Y quién comprenderá la plegaria de mil manos de hierba?
La tierra es fecunda y hermosa
como mi propio cuerpo, y me dice:
¡Es tan sencillo! Basta
con que te tiendas bajo el cielo
con voluntad de morir.
Y se hará el milagro.
Tu boca tendrá gusto de tierra.
Las raíces te mecerán en la noche.
Un roble hermoso saldrá de tu vientre
y la frente se te llenará de pájaros.

Labios del presente, abiertos en tierra dura,
yo os he acariciado largamente
y os he dicho: ¡Es tan sencillo!
Basta
con que os tendáis bajo el cielo
con voluntad de amar.
Mi cuerpo es fecundo y hermoso
como la propia tierra.
Y se hará el milagro.
Vuestras entrañas sabrán a boca.
y se abrirán ojos entre las rocas.
Mis brazos mecerán a la noche.
Un vientre hermoso
se abrirá dentro del roble,
y los pájaros llevarán frentes en las alas.

Labios del presente, abiertos en la noche dura.
yo quiero traspasaros de angustia más lejanas.
haceros revolar, banderas luminosas,
por un futuro de virgen dormida,
de pájaro roto que se deshoja
en brisas tiernas y en verdes infinitos.
Labios del presente, os vengo a visitar
como la madre que salva a caricias de amor
al niño moribundo, adormecido en su luna
y triunfa en silencio y en lenta delicia

de una muerte demasiado fácil, demasiado vacía de angustias.
Labios del presente, quiero borrar del cielo
los nuevos días, las nubes, el viento.
Y que todo el cielo sean unos labios abiertos.

Ahora tú, presente, sueñame.
¡Sueñame, aire!
Sueñame inmóvil, infinito,
escondiendo una sonrisa tras cada estrella,
convirtiendo en estatua todos mis deseos,
prolongando con gesto invisible los confines de un mundo
que se adapta exactamente a mi mundo interior.
Ni yo ni mundo. Sólo tiempo
luchando con el espacio por dar forma al misterio.
Porque en el principio estaba el misterio,
y la vida se ha ido enroscando dolorosamente
a su alrededor, sobre su mirada.
Ahora yace aleteando,
traspasado de instrumentos ópticos,
herido de fórmulas exactas,
envenenado de cálculos y dogmas.
Pero tú y yo le daremos nueva vida.
¡Sueñame, presente!

Y he subido por la noche. Por las entrañas de la noche,
dolorosas y duras como flores secretas.
Por el vientre de la noche
que solloza como un pájaro angustiado
al lado de los caminos rotos
que va no conducen a la luna,
despertando a todos los espejos del aire,
cabalgando en todos mis sueños muertos,
he subido por el torso de la noche.
Y su corazón no estaba allí. Vibrantes
lebreles de abril lo ocultan. La noche no se entrega.
En vano el cerco, la voz lejana,
en vano aquellas caricias que le dije.
Mis palabras se aplastan
contra el velo de formas y colores.
Y el corazón no está allí. Angélicos
gestos de estrella lo esconden. La noche no se entrega.
El cuerpo inerte de la noche
vibra y ondea, cabellera de órgano crispado.
Y la noche no está allí. Ni en la larga,
trémula mirada de las aguas,
ni en el apretón de manos de la tierra y la roca.
Las banderas del cielo tienen voces de huida.
La noche deja tras sí

su mirada de virgen que se ignora
prendida bajo tierra como una pequeña lámpara
que no se atreve a entregarse a la muerte.
Y sus cuatro ángulos arden como llamadas.

Yo sé que cuando encuentre a la noche me habré encontrado a mí
que la conquista del misterio (mismo,
es el alba de mi propia carne.
Y mi cuerpo está sembrado de puños.
Puños en pie, llameando miradas,
haciendo florecer mi gran desierto.
Y la voz de piedra, la voz de la noche,
canta perdida en su laberinto.

Tú me impones, noche, un tiempo extraño.
Yo quería perforar tu mirada,
hacerte carne de mi carne.
Quería que fueras la solución secreta
a todos los enigmas de la luz y la armonía.
Porque la única respuesta a la vida
es el misterio que vibra en el corazón de la noche,
que vuela por su cuerpo de fuente,
que me rodea de círculos invisibles,
que me traspasa y me levanta.
He llamado al corazón de la noche
dolorosamente, a través de mi propio corazón.
Y por fin todas las aguas del cielo se turban,
se levantan cánticos en el centro de los seres,
tiembla la dulce muerte que llevamos oculta
y empieza a extender sus alas.
Por fin se abre el corazón invisible.
Me ha permitido subir hacia él lentamente,
mirar un instante
sus ojos que se abren entre torbellinos de estrellas.
Y mis cuerpos vienen tras mí
en bandadas, como pájaros salvajes,
mientras la tierra me llora
con altas lágrimas vacías.

Miguel Durán

Hoja

Edición facsimilar

editado por la Secretaría de Relaciones Exteriores y
el Ateneo Español de México.

Se terminó de imprimir en abril de 2019
en los talleres de Editorial Color, S. A. de C. V.,
Naranja # 96 Bis, Col. Santa María La Ribera,
C. P. 06400, Ciudad de México.

La edición estuvo al cuidado de María Álvarez Reyes Retana,
Julio Cárdenas y Ana María Jaramillo.



1939—2019

80



El Exilio
Republicano
Español

ISBN: 978-607-98489-1-0



SRE
SECRETARÍA DE
RELACIONES
EXTERIORES

